

A LA SEÑORITA DOÑA LUISA LARIOS.

SERENATA.

Niña hermosa y modesta,
Pálida y grave,
Tu alabanza en mi boca
Sé que no cabe.
¿Qué sér encierra
Tu belleza? — Se ignora
Sobre la tierra.

Por tus mil me pareces
Raros primores
Hermana de las aves
Y de las flores.
Serán antojos,
Mas al verte, ven flores
Y aves mis ojos.

Al verte en movimiento
Y al verte en calma,
En poética duda
Vacila el alma.
Dudo (¿quién sabe?)
Si eres flor por lo pura,
Por lo hermosa ave.

Si entre flores hallara
Tu faz serena,
La creyera el capullo
De una azucena;
Porque en tí hallo
Lo gentil de su esbelto
Florido tallo.

Si al andar movimiento
Tu cuerpo toma,
Tu paso creo el vuelo
De una paloma,
Porque resbalas
Sobre tus piés, como ella
Sobre sus alas.

Niña hermosa y modesta,
Pálida y grave,
Tu alabanza en mi boca
Ves que no cabe;
Porque la tierra
Ignora en tu hermosura
Lo que se encierra.

Del color de los cielos
Son tus pupilas:
Como ellas tus miradas
Puras, tranquilas.
Tu forma entera
Como la de los ángeles,
Casta y ligera.

Las palabras que brotan
De tu garganta
Dulces son como trinos
De ave que canta:

Y de tu aliento
Con el vapor fragante
Se aroma el viento.

Caminar por la tierra
Los que te miran
Con respeto y asombro
Mudos te admiran.
No sé que tienes
De los cielos, que de ellos
Juzgan que vienes.

Criatura mas pura
Que las humanas,
Las pasiones que inspiras
No son mundanas.
Cual de las flores
De tu virtud se exhalan
Puros vapores.

La planta que tu nombre
Llevó hasta ahora,
Es á tu lado ¡oh Luisa!
Yerba inodora.
Solo podria
Competirte la rosa
De Alejandria.

Adios, niña modesta,
Pálida y grave,
Tu alabanza en mi canto,
Ves que no cabe.
Mi voz espira
Y á seguirla se niega
Ruda mi lira.

Luisa, á quien el poeta
Cantar no sabe,
Como á hermana te miran
La flor y el ave.
Como ellas seas:
Cual los de ellas hermosos
Tus dias veas.

Cruza, flor ó paloma,
Por nuestra esfera
Como la flor y el ave,
Pura y lijera.
Y ¡ojala ignores
Que encierra mas el mundo
Que aves y flores!

A TERESA.

SERENATA.

Hanme dicho que dices
Que te holgarías
Escuchando, Teresa,
Canciones mías.
Si tal has dicho

¡Bien hayan los antojos
De tal capricho!

Al desear mis versos
Tal vez ignoras
Que son rumor de brisas
Murmuradoras:
Pues hay quien prueba
Que mis versos son ruido
Que el aire lleva.

Mas si el eco te halaga
De mis canciones,
Abre las celosías
De tus balcones;
Abre, y el viento
Llevará mis cantares
A tu aposento.

Solo al aire mi canto
Fiarse puede.
¡Quiera Dios que en el aire
No se me quede,
Y que los sonos
De mi voz no se estrellen
En tus balcones!

Te le envío de noche
Porque entre el sueño
Te parezca mi canto
Mas halagüeño.
Su poesía
La noche misteriosa
Dará á la mia.

Llegará á tí en la sombra
Mi cantilena
Al son de los gorgoros
De Filomena:
Y mis primores
Suplirán con sus trinos
Los ruiseñores.

Porque arome las notas
Del canto mio,
Con el aura de mayo
Te las envío:
Y mensajera
Será así de mis versos
La primavera.

Anhelará, Teresa,
Mi ambicion loca
Que aplaudiera mis versos
Tu dulce boca:
Mas van perdidos
Y felices si llegan
A tus oidos.

De noche te los canto;
Si dante enojos
No lo verán al menos
Mis propios ojos:

Y tu desaire
Con mi cántico inútil
Llevará el aire.

Al enviarte estas rimas
Menesterosas,
Bien quisiera que fuesen
Perlas ó rosas,
Aunque concibo
Que en tu lábio sean perlas
Las que te escribo.

El aliento que exhala
Tu linda boca,
Trunca en flores la esencia
De cuanto toca:
Por eso fio
En que se tornen flores
Las que te envío.

EN UN ALBUM.

ORIENTAL.

Cuentan los magos, gentil señora,
Que hay una fuente junto á Basora
Bajo cuya agua tal vez se cria
Fecundizada por su onda pura,
Una flor solitaria é inodora,
Esquiva al sol del dia,
Que se llama *la flor de la ventura*.

Cuando algun mago, gentil señora,
De aquellos sabios que hay en Basora,
Coge esta planta desconocida
Y la dá en prenda de amistad pura,
Esta flor solitaria é inodora,
A quien es ofrecida
Lleva el amor, la paz y la *ventura*.

El que posee, gentil señora,
Esta sagrada flor de Basora,
El campo estéril de nuestra vida
Cruza con planta firme y segura:
Y cuanta hiel y mal en sí atesora
La terrenal guarida
Se torna para él miel y *ventura*.

¡Ah! si yo fuera, gentil señora;
Un mago de esos que hay en Basora,
Su flor sagrada recogeria
Y en prenda santa de amistad pura
Te la ofreciera en el lugar que ahora
Esta ruin poesía,
Que busca en tu acogida su *ventura*.

Benigna admítela, gentil señora,
Y plegue al cielo que desde ahora,
Esta sencilla memoria mia
Bálsamo sea de tu amargura
Cual la flor de los magos de Basora,

Y que esta poesía
Sea la evocación de tu *ventura*.

LA GUIRNALDA.

SERENATA ORIENTAL

A LA GUY STEPHAN.

Mariposa
Revoltosa,
Tiende tus alas de oro y de gualda;
Bella ondina
Nacarina,
Desplega al viento tu suelta falda;
Voluptuosa
Bailarina
De ojos de cielo y nevada espalda,
Deja que bese tus pies de rosa,
Y que á tu nombre, Guy peregrina,
Tejan mis versos una guirnalda.

Hija ligera del aura leve,
Hada querida de los amores,
Cuando tu cuerpo gentil se mueve,
Cual mariposa rica en colores
Tus piés no quitan su ampo á la nieve
Ni sobre el tallo doblan las flores.
¿Quién de tu gracia no se enamora?
Hija del aire, ¿quién no te adora?
En sus giros airosos
Tu cuerpo toma
Los contornos graciosos
De la paloma.
Tu cuello esbelto
Vá como el de los cisnes
Flexible y suelto.

Voluptuosa
Bailarina, &c.

Cuando á la escena tu cuerpo asorna
Y ante mis ojos girando pasas,
Vapor de lago ó humo de aroma
De tu ropaje creo las gasas;
Y á las huries que vió Mahoma
Juzgo á par tuyo de gracia escasas.
¿Quién de las tuyas no se enamora?
Hija del aire, ¿quién no te adora?
Tu cintura se cimbra
Como las palmas:
Tu sonrisa se lleva
Presas las almas.
Donde tú pisas
Nacen matas de aloés
Y minutisas.

Mariposa
Revoltosa,
Tiende tus alas de oro y de gualda,
Bella ondina
Nacarina,

Desplega al viento tu suelta falda;
Voluptuosa
Bailarina
De ojos de cielo y nevada espalda,
Cuando á otros climas vuelas dichosa,
No olvides nunca, Guy peregrina,
Que mis cantares son tu guirnalda.

EL WALS.

CORO.

El wals es sin duda
Del diablo invención.

¿Qué horrible volteo!
¿Dó vá con tal prisa
Sin ver donde pisa
De incógnita gente
Tan raudo aluvion?
¿Qué són! ¿qué mareo!
Aturde el sentido,
El paso y el ruido
Que lleva insolente
Cruzando el salon.

Coro. El wals, &c.

¿Qué impura amalgama
De gente y colores!
De tocas y flores,
Del claustro y el siglo
Fatal confección.
El monge á la dama
Se lleva volteando,
Vá Vesta abrazando
A un fiero vestigio
Que espanta el salon.

Coro. El wals, &c.

Con mil impresiones
Risueñas, funestas,
Tan varias y opuestas,
Vacila y se embriaga
La fé y la razón.
Parecen visiones
Con que hórrida niebla
La atmósfera puebla,
En noche que amaga
Borrasca y turbion.

Coro. El wals, &c.

¿Cuán rápida avanza
La turba inconstante
Ninguno delante
Señala la pista
Que sigue el monton
¿Diabólica danza
¿Horrible volteo

Que causa mareo,
Que nubla la vista,
Que aturde el salon!

Coro. El wals, &c.

No existen figuras
En ese volteo:
No hay trenza, paseo,
Saludo, balanza
Les lleva el turbion,
Cual vá por las puras
Regiones del viento
Cometa violento,
Que en círculo avanza
Region á region.

Coro. El wals, &c.

Diabólica rueda
Que fin no halla nunca,
Que en nadie se trunca
Ni nadie hace en ella
Cabeza ó rincon.
Redonda vereda
Que en círculo eterno
Encierra un infierno
Que sigue una huella
De piés en monton.

Coro. El wals, &c.

¿Girad, criaturas!
¿Sin término fijo!
Girad con prolijo,
Audaz, insaciable
Y ardiente teson,
Cual vá por las puras
Regiones del viento
Cometa violento,
Que avanza incansable
Region á region.

Coro. El wals, &c.

DESDE EL MIRADOR DE LA SULTANA.

[Granada.—Mayo 1846.]

¿Quién no te cree, Señor, quién no te adora,
Cuando á la luz del sol en que amaneces
Ve esta rica ciudad de raza mora
Salir de entre los lóbregos dobleces
De la nocturna sombra, y á la aurora
Abriendo sus moriscos ajimeces
Ostentar á tus piés lozana y pura
Perfumada y radiante su hermosura?

Yo te adoro, Señor, cuando la miro
Dormida en el tapiz de su ancha vega;
Yo te adoro, Señor, cuando respiro
Su aura salubre que entre flores juega;

Yo te adoro, Señor, desde el retiro
De esta torre oriental que el Danro riega;
Y aquí tu omnipotencia revelada
Yo te adoro, Señor, sobre Granada.

Bendita sea la potente mano
Que llenó sus colinas de verdura,
De agua los valles, de arboleda el llano,
De amantes ruseñores la espesura,
De campesino aroma el aire sano,
De nieve su alta sierra, de frescura
Sus noches pardas, de placer sus dias,
Y todo su recinto de armonías.

Yo te conozco ¡oh Dios! en los rumores
Que á este árabe balcon me trae el viento,
Perfumado entre pámpanos y flores
Y armonizado con el grato acento
De las aves de abril. Tantos primores
Producto son de tu divino aliento,
Porque á tu aliento creador se aliña
Con sus mejores galas la campiña.

Tú soplas ¡oh Señor! desde la altura
Y saltan los collados de alegría,
Y se cubre de flores la llanura,
Y se llenan los bosques de armonía,
Y se aduermen las aguas en la hondura,
Y sin nublados resplandece el dia:
Que en tus ojos la vida reverbera
Y es tu aliento, Señor, la primavera.

Y no hay region recóndita en el mundo
En donde mas tu majestad se ostente,
Donde sea tu aliento mas fecundo,
Ni la tierra en tu prez mas diligente.
Señor, tú estás aquí; tú en lo profundo
Del corazon de su cristiana gente;
Tú estás aquí; tu trono y tu morada,
Tras este cielo azul, sobre Granada.

Dame, ¡oh Señor! de querubin aliento
Porque pueda esta vida transitoria
Emplear en cantar con digno acento
En medio de este eden tu inmensa gloria:
Y al lanzar desde aquí mi voz al viento
Dando á Granada su oriental historia,
Purifique, Señor, mi arpa cristiana
El impúdico haren de una sultana.

AL RENACIMIENTO DEL LICEO.

HIMNO.

(Música del Sr. Don Emilio ARRIETA.)

Coro.

La aurora apetecida
Anuncia un nuevo sol:
Recobra nueva vida
El númen español.

Templo del arte espléndido,
Alcázar de la gloria,
Comienza nueva gloria
Para el Liceo ya.
Fénix, renace fúlgido
De su mortal ceniza:
Rosal, aromatiza
La tierra donde está.

Brilló cual sol vivífico
En nuestra España un día;
Le dió la poesía
Su noble inspiracion.
Dióle su acento armónico,
El canto; su dulzura
Su magia la pintura;
El arpa real su son.

La juventud, que unánime
Le congregó en su templo,
Tomó del justo ejemplo;
Del sabio ilustracion:
Y al acatar el código
De sus prudentes leyes,
Diéronle honor sus reyes,
Su pueblo admiracion.

Mas tarde... el loco vértigo
De la civil discordia,
Su fraternal concordia
Desniveló por fin;
Y en vez del dulce cántico
Con que admiró la tierra,
Tronó, llamando á guerra,
Desgarrador clarín.

Pero en la noche lóbrega
De lid tan fratricida,
Brilló con luz de vida
Su faro salvador:
Y de Isabel al hálito,
Que vida y luz derrama,
Brotó con nueva llama,
Y claridad mayor.

De oro las puertas ábrense
Del templo solitario:
Abierto está el santuario;
Ven, pues, ¡oh juventud!
La fé, la ciencia altísima
Ilustren nuestra historia;
Ven, sí, que nunca hay gloria
En donde no hay virtud.

Coro. La aurora, etc.

CANCION CARNAVALESCA.

(Música del Maestro IRADIER.)

Coro.

La noche es corta, gocemos
De la máscara á favor;

Audaces profundicemos
Los misterios del amor.

¿Me conoces?—No.—¿Qué importa?
Dame el brazo y ven conmigo:
¡As mira que no me obligo
Ni un día á guardarte fé.
Si algun placer verdadero
Gozamos aquí ¡oh sultana!
Olvídalo tú mañana,
Que yo no me acordaré.

Coro. La noche, etc.

Si tienes de luz los ojos,
De nieve el tornátil cuello,
Y de azabache el cabello,
Y palabras de pasion;
Si es blanca tu linda mano,
Y es esbelta tu cintura,
Adoraré tu hermosura,
Aunque esté sin corazón.

Coro. La noche, etc.

El amor es una farsa,
Y el capricho que le inspira
Es tal vez una mentira,
Hija de nuestra ilusion.
Seas quien quieras, esta noche
Yo te idolatro, sultana,
Aunque no llegue á mañana
La fé de tu corazón.

Coro. La noche, etc.

JEREZ Y BORGOÑA.

WALS COREADO.

[Música del Maestro IRADIER.]

Venid, y enterremos los viejos pesares
Debajo la alfombra, y entremos despues
Bailando sobre ella sin cuitas vulgares,
Cual gente que lleva la vida en los piés.
Si acaso sin fuerzas el frio os mantiene,
Jerez y Borgoña calor nos darán;
Bebamos, cantemos, que el alba se viene,
Y es corta la noche segun nos la dan.

¡Jerez y Borgoña! con estos aliados,
Que venga si quiere rastrero el dolor,
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Mirar, que no sea contento y amor?

La falsa careta que cubre el semblante,
Que turban los zelos ó alegra el placer,
La tierna mirada, la lumbré brillante
Que radian los ojos, no puede esconder.

Si dar con un rostro nos es imposible,
Los ojos al menos huir no podrán;
¡Bebamos, cantemos! que al fin es creible
Que en noche tan larga milagros se harán.

¡Jerez y Borgoña! con estos aliados,
No hay miedo á engañoso disfraz ni color,
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Hallar, que no sea contento y amor?
Las bellas visiones que vagan errantes,
Que todas parecen la nuestra al pasar,
Harán que olvidados al fin los semblantes
Podamos á cuenta cuaiquiera tomar.

Si el nuestro se pierde, que vaya en buen
hora

¡Por Dios que la noche no se ha de perder!
¡Bebamos, cantemos! ¿Quién hoy se enamora,
Por bello que sea, del rostro de ayer?

¡Jerez y Borgoña! con estos aliados,
No importa semblante, disfraz ni color,
¿Qué pueden con ellos los ojos turbados
Mirar, que no sea contento y amor?

EPITAFIO

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO.

Nada queda de mí sobre la tierra:
El leve polvo que mi tumba encierra,
Convertirá el abril en frescas flores,
Y el cielo dió á mi alma eterno asilo.
Cristiano corazón, pasa tranquilo
Junto á mi tumba: pasa, y no me llores.

EN EL ALBUM

DE LA SEÑORA DOÑA ADELAIDA O-DENA.

Te tengo comparada,
Rubia señora,
Con montaña nevada
Que el alba dora.
Tu blanca frente,
Tu cabellera ciñe
Resplandeciente,
Como la cumbre de los montes tiñe
El oro de la luz del sol de Oriente.

Humana criatura
Te cree la tierra:
Mas algo tu hermosura
De ángel encierra;
Porque tu frente,
Coronada de rizos
De oro luciente,
Va, cual la de los ángeles, orlada
Con aureola de luz del sol de Oriente.

A MI MUGER.

¿Qué sin tí fuera, de la vida mia
La enojosa y larguísima carrera?

¿Sin tí, de mi pesar y mi alegría
Compartidora siempre y compañera?
¿Qué ha sido sin tu amor, ni qué seria
Mi existencia pasada y venidera,
Sin tí, mitad de mi alma, esencia pura
Que derrama el consuelo en mi amargura?

Oye, Matilde mia. Tu cariño
Santo, tranquilo, indisoluble, tierno,
Me es necesario al alma como al niño
La leche maternal: vive en lo interno
Del corazón sin falsedad ni alíño,
Dominador, inestinguible, eterno,
Solo, como señor en su palacio,
Ocupando tenaz todo su espacio.

En el bien y en el mal; en la distancia
Lo mismo que en tu dulce compañía,
Tu amor, flor de suavísima fragancia,
Embriaga con su aroma el alma mia.
Del corazón humano la inconstancia
En vano por ahogarle pugnaria:
Y si tal vez contra tu amor batalla
Siempre vence tu amor y le avasalla.

No hay para mí imposible, si lo pide
Tu amor, no hay bien por él que no abandone:
No hay ofensa por tí que yo no olvide,
No hay injuria por tí que no perdone:
No hallo placer como en tu amor no anide,
Ni amor concibo si á tu amor se opondre:
Mas quiero vivir solo en tu memoria
Que henchar el mundo de brillante gloria.

A MADEMOISELLE DE N.

Dios puso en tu garganta
La misma voz que inspira
Al pájaro que canta
Y el aura que suspira.
El eco de su acento
Remeda el són suave
Del susurrar del viento
Y del cantar del ave.
Si Dios privado hubiera
De claridad mis ojos,
Y verte al escucharte no pudiera,
Los dulces ecos de tu voz creyera
De una ilusion quiméricos antojos.

¿Oís ese murmullo
Que llega á nuestro oído
Cual amoroso arrullo
De tórtola que llama
Desde el suspenso nido
Al pájaro que ama?
Pues es su dulce acento:
Su voz que es mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

¿Oís esa armonía
Que el ánimo enbebece
Y cuyo són parece
Mejor que voz humana, melodía
De ruiseñor que en la floresta mora,
Y cuyo canto al despuntar la aurora
La luz bendice del naciente día?
Pues es su dulce acento,
Su voz mucho mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

¿Oís ese sonoro
Encantador susurro que semeja
Al de las alas de oro
De la afanosa abeja,
Que de la miel buscando
El virginal tesoro,
De una en otra flor pasa volando
Y ya las acaricia, ya las deja?
¿De dónde se os figura
Que nace ese sonido,
Ese rumor de armónica dulzura
Que encanta nuestro oído?
Pues nace de su acento,
De su voz, que es mas suave
Que el susurrar del viento
Y que el cantar del ave.

LA VIUDA DE MANASES,

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA BÍBLICA.

HOLOFERNES, GENERAL DE LOS ASIRIOS.—AMIRIS.

Delante de su ejército ganaron
Largo trecho los dos, y la llanura
Del campo de Esdrelon atravesaron,
Y en la silvestre y fértil espesura
De las montañas ásperas tocaron,
En cuya amena soledad oscura
De esta manera á platicar tornaron:

Hol. ¿Conque ya de Israel pisamos tierra?
Amiris. Esta es de Dotain la gran campiña,
En cuyo seno pródigo se encierra
La doble mies y la fecunda viña.

Hol. ¿Y aquí nace aquella uva prodigiosa
Que alguna vez en Nínive gustamos
Del rey en los festines?

Amiris. Aquí nace.
Tiende la vista ansiosa
En rededor de tí y míralo. Estamos
Donde con cinto de montañas hace
Sus límites Judá, y aquellos muros
Que levantarse ves sobre la sierra
Los de Betulia son.

Hol. ¿Betulia dices?
¡Oh! mil veces soñé con esta tierra!

¿Que esta es Betulia?

Amiris. Sí. Nuevas felices
Hol. Me das, y el corazon dentro del pecho
Me salta de alegría,
Centro á tanto placer hallando estrecho.
¡Salve, Betulia mia!
¡Salve, ciudad hermosa del Oriente;
Blanca perla escondida en la montaña,
Tras cuya erguida y torreada frente
Nace la luz que el universo baña!
¡Salve! y no temas de mi armada gente
Las armas nuevas, y la lengua estraña,
Que todo este aparato de pelea
Solo guerra de amor trae á Judea.

Amiris. ¿Señor!
Hol. Silencio, Amiris: de mi labio
Saltaron indiscretas las palabras,
Mas ábre las sepulero si eres sabio
Dentro del corazon, ó te le labras.

Amiris. ¿Que así me hables, señor, cuando
en mi pecho

Solamente amistad franca y sincera
Para tí guardé siempre!

Hol. No sospecho
De tí; perdona, Amiris, esta fiera
Pasion que me devora

Y que dentro de mí vivió hasta ahora.

Amiris. ¿Pasion!
Hol. No, dije mal, voraz hoguera,

Fuego que oculto en mis entrañas vive,
Que calma ni frescor jamas recibe,
Y á cuya llama mi vivir consumo,
Pues ni aun puedo dejar que lance fuera
En suspiros y lágrimas el humo.

Amiris. ¿Tú amas!
Hol. Con amor tan impetuoso

Que las riquezas, el honor, la gloria
No tuvieron aliento poderoso

A echar á una muger de mi memoria.

Amiris. ¿A una muger!
Hol. De este país.

Amiris. ¿Hebrea?

Hol. Sí, pero mas hermosa y peregrina
Que el sol en el oriente centellea
Y cuando cen sus rayos ilumina.

Amiris. Jamás aquí moraste.
Hol. Mi destino

A Nínive la echó. Parientes suyos

A rescatar del cautiverio vino,

Y al rey habló y la habló: respetuosa

Mi poder invocó; servila luego:

Sus parientes salvó por ser hermosa,

Mas por mirarla yo sentíme ciego.

La busqué, la seguí, la hablé amoroso;

Rigurosa la hallé más cada día:

Idolo la erigí del alma mia;

Pero el tiempo perdí, perdí el reposo:

De Nínive partió con cauta huella,

Mi corazon llevándose tras ella.

Dulce recuerdo de agradable sueño

Su imagen vive en mi memoria, ilesa;

Mas otra sombra de terrible ceño

Entre ambos enojada se atraviesa.
Nabuco—Donosor con necio empeño
Por esposa me ofrece una princesa,
Y este, que un día ambicionar me plugo,
Hoy me parece insoportable yugo.

Amiris. ¿Y en la misma balanza
Una loca pasion ponés osado
Con la sacra privanza
Del monarca de Asiria? ¿Has olvidado
Que de todo su ejército caudillo
Vienes á estos lugares
Solo á su gloria á levantar altares,
Y con paz ó con guerra
A ley de la razon ó del cuchillo
A proclamarle Dios, rey en la tierra?
¿Has olvidado que si tal secreto
Se huyera de tu labio en Babilonia,
Por él quedaras á morir sujeto
En borea vil y torpe ceremonia?

Hol. Por eso le oculté tan cuidadoso
Mientras en la corte ninivita anduve:
Por eso me empujé tan afanoso
Mi cargo en obtener, y al fin le obtuve.
Mas hoy lejos de Nínive, seguro
Puedo ya respirar: franco mi aliento,
No en alta noche entre doblado muro,
Sino á la luz del sol y al aire puro
Puedo manifestar mi pensamiento.
Sí, yo amo á una muger israelita,
Y es su amor para mí mayor tesoro
Que la sacra princesa ninivita
Que el rey me ofrece con palacios de oro.

Amiris. Te oigo y apenas lo que dices creo;
El rey te trata como á igual; te brinda
La mano de hermosísima princesa,
Su ejército te dá, te dá su mesa,
Y no concibo bien que este no rinda.
Cuanto ha la vida para ser preciada
No vale de tu rey una mirada.

Hol. Y una mirada de la hermosa hebrea
Vale mas para mí que el mundo todo;
Y esa pompa imperial que le rodea
Puesta á su lado me parece lodo.
¿Me ves cuando en mi carro rutilante
Arrebatado de veloz cuadriga,
No hallo enemigo que me esté delante
Ni esforzado varon que mi pié siga?
¿Quién piensas, di, que esfuerza mi bravura
Que las contrarias huestes atropella?
¿Por quién crees que mi vida se aventura?
¿Por el honor de Asiria? No: por ella,
¿Me ves cuando de pié sobre un escudo
De toda una nacion al clamoreo,
De cien clarines entre el són agudo
Despues del triunfo conducir me veo?

¿Por quién entonces mi cerviz erguida
Con noble orgullo militar descuella?
¿Por quién aprecio mi gloriosa vida?
¿Por el honor de Asiria? No: por ella.
¿Me ves cuando ceñido de aurea ropa,
En el festin de mi señor tendido,
Asida con los labios la ancha copa
Mantengo largo trecho distraida?
¿Crees que me arroba el cortesano incienso?
¿Que el pisar me enloquece donde él huella?
¿Creiste que es en lo que entonces pienso
Nabuco—Donosor? No: pienso en ella.
Y por ella de Nínive me alejo,
Por ella multiplico mis hazañas,
Por ella el fausto y las grandezas dejo
Porque ella es el amor de mis entrañas.

Amiris. Indigna es de un guerrero tal flaqueza,
Aleja tal pasion de un cortesano,
Y es fácil que te cueste la cabeza
Si llega hasta el oído soberano.

Hol. Llegará cuando llegue con tal ruido,
Que al comprender la temeraria idea
Ya encontrará su imperio dividido,
Y en frente de su Asiria mi Judea.

Amiris. ¿Dioses!

Hol. En tu alma mi secreto encierra:
Yo sus estatuas alzaré á millares,
Yo le proclamaré rey en la tierra,
Mas justo es que á mi amor preste su guerra
Una corona entre sus mil altares.

Te ofrezco mi amistad; y piensa al cabo
Que yo te llamo en mi poder amigo
Y en su real poder te llama esclavo.
Séme fiel, y oye bien lo que te digo:
Escudo de mi rey, en mí se fia:
Idolo de su ejército, me adora:

Alentado de amor, la fuerza es mia:
Yo abarco al real poder en este día,
Yo soy Nabuco—Donosor ahora.
Alcense, pues, aquí los blancos linos
De las asirias tiendas; y prudentes
Franqueemos desde aquí nuestros caminos
Y el intento sepamos de esas gentes.
Esto quise decirte, y para esto
Solo quise avanzar aquí contigo;
Elige, pues: mi víctima ó mi amigo.

Amiris. Nací contigo, junto á tí es mi puesto.

Hol. Y no te ha de pesar cuando se vea
Enfrente de su Asiria mi Judea.

Dijo: y á una señal de su aurea trompa
Los ecos de los montes despertaron:
Y con soberbia y belicosa pompa
Sus tiendas los asirios levantaron.